

CUENTO N° 252

TÍTULO: MÁS ALLA DE LOS SUEÑOS

SEUDÓNIMO: CELESTE EARL

AUTORA: GLADYS JENNY BONNAUD

Más allá de los sueños

No me digas adiós... un hasta siempre no hubiera hecho justicia... debería ser un hasta pronto... como un sentimiento que se suspende a través del tiempo... algo que pareciera por momentos vivo aún...

Se dice que un espíritu puede iluminar nuestro andar, a veces con sueños oníricos, en otras ocasiones con jugarretas, y en cada caso... serían actos de amor desde una consciencia extendida e inmaterial...

Esta historia parte con un final, tal vez... estas hayan sido las últimas palabras que escuchó:

- “¿Mamá? ¿Aún no te has ido? Vete tranquila y descansa”.

Los minutos se prolongaban más de la cuenta, y sería justo decir esto: nunca hubo miedo en sus ojos celestes, pues el cielo fue abierto. No había que seguir esperando más tiempo.

Al cabo de un rato, San Pedro mandó a llamar a un espíritu, quién habría vivido en la tierra hace algún tiempo:

- ¿Me llamaba San Pedro? – Aquel espíritu parecía desorientado.
- Sí... tengo un pequeño problemita – Dice San Pedro muy preocupado.
- Acaba de ingresar un espíritu, llévala al cielo ¡ha! Pero necesita que le expliquen nuestras reglas. Es una señora... un tanto complicada...
- Haré lo que pueda – dice aquel espíritu compungido.

En el mundo de los espíritus, tiempo y distancia parecieran no existir, es cosa de pensar y listo. Y así fue, en un abrir y cerrar de ojos, aquel espíritu designado

forzosamente por nada menos que San Pedro, debería cumplir un gran cometido: guiar a esa señora loca hacia el cielo, porque, aunque fuera loca, se lo merecía.

La señora se encontraba en una especie de sala de espera para espíritus que recién habían llegado. Antes de entrar al lugar, ve salir corriendo a otros espíritus, quienes decían cosas como: “no me pegue señora”; ¡Ahí! Con el bastón no por favor”.

Aquel espíritu se sintió un tanto intimidado, sin embargo, él la conocía bien. Respiró profundo, apretó sus nalgas (a pesar de ser un espíritu, algo de poto tenía), se armó de valor y abrió la puerta. En segundos, o quizás en microsegundos se oye decir:

- ¿Y tú? ¡Bribón! Te vez gordo, JA, JA, JA.

Parecía un tanto chiflada, pensó entre sí. Aquella señora no soltaba su bastón, y con suma elegancia, pronuncia otra oración:

- Oye... no soy cualquier cosa para que sepas, soy una escritora, hum...

Ciertamente lo parecía, llevaba puesto una gorra de color celeste, un collar de finas perlas, junto con un atuendo de señora elegante. Por alguna razón, la escritora no le dio un bastonazo, quizás era cosa de tiempo.

Con un tono tembloroso, aquel espíritu le informa sobre su traslado al cielo, a fin de cuentas, se lo había ganado. A lo que comenta la escritora:

- ¿Quién se murió oye?

Pasaron los minutos. Parecía que la escritora jugaba con él. Deliraba sobre un tal Henry, Rubén, Rebeca y otros nombres. Luego de hablar sobre sus historias escritas en cuentos, termina diciendo:

- Déjame volver un rato a la tierra oye, es que no alcancé a despedirme de mi querido yerno...

¿Motivos para no creerle a tan adorable escritora? Aquel espíritu debía seguir los protocolos: no es cosa de volver a la tierra y zas. En el mundo de los espíritus, también hay normas. Por lo que, le envía un correo a San Pedro, con copia a Jesús, a fin de solicitar la autorización. Al rato, todo resuelto.

En cuestión de segundos, la escritora vuelve a su antigua casa, con vigilancia de aquel espíritu misterioso. Al ver a su yerno, lo despierta sutilmente con una caja de zapatos volando sobre su cabeza. Vaya susto se llevó el pobre.

- Pero... ¿Qué hace? – dice muy bajito el espíritu.
- Despidiéndome – dice sarcásticamente la escritora.

Luego de aquel incidente, pasó un par de horas. La casa estaba en constante movimiento y ruido. La funeraria llegó muy puntual, y así, la necesidad de un acto religioso. Y sin mayor planificación, un grupo de evangélicos ingresa al hogar, dando inicio a una pequeña ceremonia litúrgica, cantando a viva voz cuan fuera una serenata. La escritora muy seria le dice al espíritu:

- Esto debió ser obra de ese patán de mi yerno... sabiendo que yo soy católica... que horror... hum...
- Pero... la intención es lo que vale... ¿no? - dice muy tímido el espíritu.
- Tú sí que eres bribón oye...

Habiendo transcurrido el tiempo, tocaba el último adiós. La funeraria llegaba para su traslado: sin más que hacer, sin retroceder el tiempo, queriendo soñar una historia diferente.

La familia se encontraba unida, como hacía mucho no lo estaban. Los autos estacionados afuera daban inicio al último viaje, uno sin regreso. Aquel espíritu se mantiene en todo momento con la escritora, y le dice:

- Estaremos flotando junto a la carroza, será el adiós, luego la llevaré al cielo. Puede regresar a la tierra, pero con permiso de San Pedro.
- El único que me da órdenes es mi nieto Toñito... así que más cuidado conmigo oye... hum...

El espíritu tragó saliva al escuchar sus palabras y al ver a la escritora apretar con más fuerza su bastón. Al compás de la carroza, procedieron un viaje a lo inesperado.

Fue un transitar lento y tranquilo. El día estaba despejado y muy silencioso, a pesar del ruido de las grandes avenidas. En uno de sus virajes, la carroza se dirigió a su antiguo departamento de Gómez Carreño.

Para la escritora, un instante fue transformado en una eternidad. Recuerdos vividos penetraron fuertemente en ella, y mientras la carroza se devolvía rumbo al cementerio, tuvo un gran impulso de ir hacia ese lugar.

En cosa de segundos, se hallaba en su antiguo living. Por un momento, observó aquella ventana alargada, y recordó ese mueble de madera muy fino que alguna vez estuviera en Santiago. Recorrió sus piezas interiores, evocando recuerdos de eterna felicidad.

Dejó caer su bastón y sonrió pícaramente... un sentimiento de paz la cobijó. Seguramente, su fin había llegado, y como en una secuencia cinematográfica, lo que alguna vez fue su vida, se hizo presente ante su conciencia inmaterial.

Aquel espíritu, con un gesto de amor y compasión, le dice a la escritora:

- ¿Aún no me reconoces Gladys?

Mientras tanto, aquel espíritu seguía con ella, muy atento a lo que sucedía. Misteriosamente, comenzó a sonar en una radio la canción "my way" del gran Frank Sinatra. El espíritu la observó fijamente: sus ojos verdes destellaban luz y una energía especial.

Aquel espíritu toma su mano suavemente, y con un profundo amor, pronuncia estas palabras:

- No me digas adiós...

La escritora comprendió y abrió sus ojos a la verdad. Extendió sus brazos y lo único que se escuchó decir fue un te amo, y con locura gritaba:

- ¡Rodolfo! ¡Siempre fuiste tú! ¡Ahora te veo claramente amor mío, mi cielo, mi vida!

San Pedro lo sabía, por eso Rodolfo fue designado para tal misión: lo que la muerte algún día separó, la misma muerte lo volvería a unir.

Juntos... después de tantos años...

Aquella tarde, se escucharon risas, aplausos, botellas de champan, música y mucho ruido en aquel departamento, al compás de recuerdos y un amor profundo.

Como diría Ricardo Arjona, “se besaron hasta la sombra”... pero no entraré en detalles... fueron más de 40 años separados y de energía acumulada... ustedes saquen sus propias conclusiones...

Esta historia partió como una dedicatoria, y sin meditación... terminó transformada en un cuento. Desde que te fuiste, tu voz suele escucharse más intensa. Abrir esa puerta es difícil, pero te sueño constantemente...

Fuiste mi mejor amigo y algún día nos volveremos a ver... en otro tiempo... en otra vida... más allá de los sueños...

Fin